

JOSEP PLA

OFICIO DE ESCRIBIR, OFICIO DE VIVIR

JOSE BATLLO

En Catella de Palafrugell.



A finales de este último verano, José Pla sufrió un infarto. La angustia del momento la reflejó más tarde en un artículo publicado en el semanario «Destino», con tal verdad y humanidad que si en este país hubiera un equivalente al Premio Pulitzer norteamericano, Pla hubiera sido este año el ganador indiscutible.

Cuando le visito, en un anochecer de finales de noviembre, Pla se halla totalmente recuperado —el tema surgirá ocasionalmente en la conversación—. Es un hombre alto y erguido, que no delata sus setenta y cinco años, con la solidez de la mejor raza ampurdanesa. Cordial y abierto, sólo se repliega un poco ante la impertinencia de ciertas preguntas, o bien renuncia a cualquier juego irónico —quizá porque su sentido del humor difiere del mío—.

Su casa solariega (el «mas» Pla) se halla situada en Llofrú, a dos kilómetros de Palafrugell, en pleno centro del Ampurdán, casi exactamente en la mitad geométrica de la Costa Brava. Pla conoce el país como la palma de su mano; la noche en que le visito sopla la tramontana con cierta violencia. La conversación se inicia, precisamente, con este tema: el viento, el país.

Nos hallamos sentados ante una mesa redonda, situada bajo la enorme campana de un hogar donde arden unos troncos (de encina, creo) secos y olorosos. La sala es inmensa; sus límites quedan desdibujados por la penumbra. Los libros se apretujan en las estanterías, se amontonan sobre algunas sillas o sobre el propio suelo. Al fondo (la sala quizá tenga una longitud de veinte metros), los ventanales se abren a la negrura de la desapacible noche otoñal. Josep Vergés, editor de Pla, hace las veces de introductor, e interviene asimismo esporádicamente en la conversación. Me sirvo de un magnetófono, de cuyas ventajas ha sido preciso convencer previamente al escritor, que de todas formas, no deja de mirar con cierta aprensión, durante todo el tiempo, al aparato.

Pla no ha tenido mucha fortuna con los críticos. Es, sin duda alguna, el escritor catalán contemporáneo más leído del país; sus *Obras Completas* andan por los veintitrés volúmenes (con unas seiscientas cincuenta páginas cada uno de ellos); ha cultivado el periodismo prácticamente durante toda su vida (periodismo de actualidad, de reportaje, literario), tanto en catalán, cuando había publicaciones catalanas donde hacerlo, como en castellano. La opinión general es que se trata del primer prosista de lengua catalana del presente siglo. Sin embargo, hasta fecha muy reciente no se ha publicado un libro dedicado a su figura: *Josep Pla, vist de prop* (1). El autor del libro es paisano de Pla, y su interés se centra en ofrecernos un retrato huma-

no del escritor antes que en una aproximación crítica o erudita hacia su obra, estudio del cual sigue careciendo Pla. Las causas pueden ser de muy diversa índole, tema que surgirá también a lo largo de nuestra charla.

Y paso a la transcripción de lo grabado en la cinta; transcripción hecha con toda la fidelidad que permite el traslado de la lengua hablada a la lengua escrita, con el agravante en este caso de que la conversación se desarrolló en catalán y ha sido preciso, al tiempo de transcribir, traducir. Las posibilidades de error, ya que no traición, pues, se han doblado.

El orden, la justicia, la cultura

JOSE BATLLO.—Se le atribuye una frase que dice: «El desorden es la muerte». ¿Está usted de acuerdo, entonces, con lo que decía Goethe sobre aquello del orden y la justicia?

JOSEP PLA.—Una cosa es el señor Goethe y su conversación, y otra, la que tenemos nosotros. Pero la frase de Goethe no se puede decir, es demasiado peligrosa. La frase, evidentemente, es la Historia misma.

J. B.—¿Pero usted cree que la frase se ha interpretado bien?

J. P.—Nunca se interpreta nada, el mundo va tirando. ¿Qué quiere usted decir con eso?

J. B.—Si usted cree que lo que él dijo era exactamente lo que quería decir, o lo que dicen que dijo.

J. P.—Hombre, claro. Era ministro. ¿Qué creía usted? Era ministro de Espectáculos y de Botánica y todo eso. Pero la frase es un juego. ¿Por qué tienen ustedes que inventar la justicia? ¿Qué es eso de la justicia? ¿Rusia? ¿Qué es la justicia? ¿Inglaterra, América, España? Cuentos. Un ideal para engañar a cuatro payeses.

J. B.—Pero usted es un payés y no le han engañado...

J. P.—Sí, hombre, sí. Yo ya no tengo mucha vitalidad. La he ido perdiendo. Ya tengo setenta y cinco años. Soy muy viejo. Ya no tengo tiempo de ocuparme de la justicia.

J. B.—A menudo, por lo que escribe o por las declaraciones que hace a las entrevistas, parece que se cachondee un poco de eso que llamamos cultura.

J. P.—¿Cómo quiere usted que crea en la cultura, después que vimos a ocho millones de judíos morir quemados y de las guerras que he visto? ¿Qué es eso de la cultura? Lo primero que tendría que hacer la cultura es respetar a la gente que la tiene. ¿Han respetado a Einstein? Pero, bueno, todo esto son pamplinas. Lo que pasa es que quieren hacer la revolución sin saber lo que quieren hacer, porque nadie sabe lo que es.

J. B.—Pero, ¿no tendrían que cambiar algunas cosas?

J. P.—Los españoles no quieren cambiar nada. Además, en cuanto

(1) Josep Martinell: *Josep Pla, vist de prop*. Pròleg de Fermí Vergés. Barcelona. Editorial Pòrtic. 1972.



Con el marinero «Hermes», de quien Pla habla tanto en sus libros (1928).

se ponen a cambiar algo se lían a pegar tiros y a hacer guerras civiles. Van diez o doce. Cuantos más tiros haya, más fuerte es el Gobierno.

J. B.—Pues van las cosas luego...

J. P.—Seguro, seguro. Yo soy tradicionalista. Partidario de Talleyrand, de la gente que ha hecho política teniendo en cuenta las circunstancias.

J. B.—¿Entonces usted cree que la cultura se utiliza como...?

J. P.—Es un engaño bobo. Hoy, en los pueblos ya no hay cultura. Toda la cultura consiste en escuchar lo que dice la radio y la televisión. Ahora mismo, en Palafrugell, usted verá que por las calles no hay ni un alma. Nadie en los cafés. Ningún tipo de conversación. Todo el mundo viendo las novelas de la televisión con la boca abierta. Eso es la cultura actual. Y eso es un fenómeno universal, perdone que lo diga.

J. B.—¿Y toda esa gente, antes de que hubiera televisión, qué hacían? ¿Hablaban?

J. P.—Hablaban, escribían, trabajaban. Ahora nadie hace nada, solamente escuchan y ven la televisión... Claro que todo esto es un poco exagerado, pero en general es así. ¿Cómo quiere que crea en la cultura! Ahora precisamente ha muerto un poeta americano horripilante, Ezra Pound. ¿Sabe usted que este señor fue fascista?

J. B.—Sí.

J. P.—Este hombre le tenía un odio tremendo a los Estados Unidos. No creo que fuera judío...

J. B.—No sé...

J. P.—No, no lo creo. Tal vez alguna de esas cosas raras que se dan en los Estados Unidos. Pues bien, este hombre se puso a las órdenes de Mussolini, que le pagaba...

J. B.—Hacia unas emisiones en la radio...

J. P.—¡Exacto! ¡Durante la guerra, eh!

J. B.—Sí, sí, durante la guerra, en contra del partido demócrata.

J. P.—Bien, bien. Haga entonces el favor de explicarme qué es la cultura. ¿O es que quizá la poesía de Pound es buena?

J. B.—¿Sí es buena? No sé, se ha traducido poco y sospecho que mal, y yo no sé bastante inglés como para leerla en el original. Dicen que sí, que es buena...

J. P.—Está llena de imitaciones de otros escritores, de los poetas medievales italianos, Cavalcanti, Dante...

La cuestión catalana

J. B.—Se dice que usted es un escritor bilingüe.

J. P.—No sé. O trilingüe.

J. B.—Pero cuando escribe en castellano...

J. P.—No, el castellano no lo sé. No tengo el don de esa lengua. Lo siento mucho, pero no lo tengo.

J. B.—Entonces es usted un escritor catalán que escribe en castellano por necesidad...

J. P.—¡Por lo que sea! Porque las cosas han venido así. No hubo modo de escribir en catalán durante años y años. Eso está clarísimo. Esto son cosas elementales, puramente elementales, ya lo sabe usted.

J. B.—¿Usted cree que puede haber un escritor bilingüe? Esto se discute mucho en Cataluña, que si un escritor sólo puede escribir bien en la lengua que ha mamado, que si...

J. P.—Mire, durante la guerra fui a parar a Fiume, y allí me puse a escribir en italiano. Hacía unas faltas de ortografía tremendas... Bueno, las que sueltas en todas las lenguas, porque para mí eso de la ortografía es secundario, ¿entiende? Bien, pues todo el mundo me decía, «Usted sabe el italiano mejor que D'Annunzio». Y me lo decían amigos de D'Annunzio, porque en Italia

ha habido siempre muchos enemigos de D'Annunzio.

J. B.—Pero no creo que D'Annunzio sea el mejor ejemplo...

J. P.—¿Quién?

J. B.—D'Annunzio.

J. P.—¿Cuidado, eh! Gran cuidado. D'Annunzio es un escritor fenomenal. Fenomenal.

J. B.—Me parece que nos hemos perdido un poco...

J. P.—Bueno, quiero decir que hay muchos escritores que escriben en una lengua que no es la suya propia, como Conrad, Julien Green... Quizá no sea bilingüe la palabra exacta...

J. B.—Santayana escribió en inglés y era de Avila...

J. P.—Cualquier escritor puede escribir en otra lengua...

J. B.—Hombre...

J. P.—¿Que no? Lo que le estoy diciendo es exacto.

JOSEP VERGES.—No creo que eso tenga demasiada importancia. Lo que pasa es que en Cataluña se ha hecho cuestión política.

J. B.—Precisamente por eso lo preguntaba.

J. V.—Quizá uno o dos catalanes no han escrito nunca en castellano. Espriu...

J. B.—No, Espriu escribió en castellano, después de la guerra; parte de una historia dirigida por el profesor Castillo.

J. V.—Pues no sé quién queda. Pedrolo, tal vez... Pero todo esto es pequeña política casera. Por otra parte, todos han ido evolucionando un poco en esta cuestión. Pero, sí, los hay que han hecho mucho daño al país en este sentido. Los partidarios de que los catalanes siguieran escondidos en un rincón. Escribir en catalán a escondidas, no colaborar en nada. ¿Qué seríamos ahora si se hubiese hecho así? ¿Podrían haberse publicado los veintidós volúmenes de la *Obra Completa*?

J. B.—Quizá no...

J. P.—Yo ya se lo dije al señor

Riba y al señor Rubió, del Institut. Decían: «Ahora estamos en las catacumbas, y tenemos que esperar a que la gente reaccione». Pero la gente no ha reaccionado por nada.

J. V.—Yo creo que eso es un error.

J. P.—Pues los había aún más extremistas.

J. B.—Sin embargo, me acuerdo de los que participaron en unos congresos de poesía junto con poetas castellanos, y hubo quien dio algunos cursos en la Universidad de Madrid.

J. P.—Bueno, sí, eso fue más tarde. Gracias a Ridruejo, probablemente... Y a Vicens Vives. Pero en un principio eran partidarios de las catacumbas. No lo dude, eso no lo ponga en duda.

J. B.—También se niega la imposibilidad de hacer cultura catalana escribiendo en castellano.

J. P.—¿Y qué quiere que diga! Yo no tengo la culpa de cómo rodaron las cosas. Eso lo dirán los republicanos catalanes, que como hay tanto espiritista, se lo habrán preguntado a algún muerto ilustre. No es culpa mía. Por el contrario, hice lo imposible para decir que la República era muy peligrosa y acabaría mal, perdone que lo diga.

Política y literatura

J. B.—Usted escribió una historia de la República, ¿no?

J. P.—Sí, una historia de la República muy objetiva. Desgraciadamente, demasiado objetiva. Pero todo se andará. Usted lo tiene que ver, seguro que lo verá.

J. B.—No sé, no sé...

J. P.—¡No, hombre, no! Usted vivirá muchos años. No lo dude. Ahora lo que hay que hacer es lo que el país pide. ¿Qué es lo que el país pide?

J. B.—¿Hay alguien que lo sepa?

J. P.—¡Todo el mundo lo sabe, hombre de Dios! Todo el que tenga dos dedos de frente y haya leído cuatro libros de Historia. Y si no, que se lo pregunten al señor Talleyrand.

J. V.—Seguramente, evitar las circunstancias que conduzcan a una nueva guerra civil.

J. P.—Claro, ¿usted lo duda? Hacer todos los posibles por evitarlo. La finalidad de la política es evitar la guerra civil. Perdone que lo diga. No lo dude, joven.

J. B.—Estoy de acuerdo en que debe evitarse una guerra civil. Pero, ¿la otra cómo se provocó?

J. P.—¿La otra guerra civil? ¡Pero, hombre! La gente estaba harta de perder dinero, y de que quemaran iglesias, y de que mataran a la gente, etcétera. Usted no tiene ni idea de lo que pasó durante la República en este país. Y la gente tiene un horror tremendo, ¡tremendo!, a una nueva guerra civil.

J. B.—Sí, ya sé que la gente tiene mucho miedo...

(Llega un hermano de Josep Pla, Pedro, y la conversación queda interrumpida durante unos momentos para las presentaciones.)

J. B.—Antes de la guerra civil, creo que usted desempeñó algún cargo político, ¿no?

J. P.—Sí. Fui diputado provincial a los veinticuatro años. Diputado por este país.

(La palabra país tiene para Pla distintos alcances. Unas veces quiere decir toda España; otras, Cataluña; las más, se refiere al Ampurdán. En esta ocasión, supongo que quiere decir Gerona, provincia a la que, administrativamente, pertenece su comarca natal.)

J. B.—¿Y nada más?

J. P.—No, no, nada más. Lo dejé porque no me ganaba la vida. Todo eso ya lo he escrito. Eso está escrito. En aquella época no había una peseta para los políticos. La monarquía era entonces muy honrada, no vaya usted a creer.

J. B.—Bueno, habría de todo, ¿no?

J. P.—No, no. El primer lío que hubo, que yo sepa, fueron unas pesetas con las que tuvo algo que ver don Santiago Alba.

J. B.—¿Y política después de la guerra?

J. P.—No, nada, nada. No se puede ir contra la corriente.

J. B.—¿Pero la gente que hace política va contra la corriente?

J. P.—La gente hace una determinada clase de política, y otros muchos que tendrían que hacerla no la hacen. Y es que políticos hay muy pocos en el mundo. Eso de que políticos se pueden encontrar a la vuelta de cada esquina es falso. Hay muy pocos. Poquísimos en toda la Historia. Tan pocos como usted quiera. En Cataluña, ahora, ninguno. ¿Quién quiere que haga política?

J. B.—Usted estuvo exiliado en la dictadura de Primo de Rivera.

J. P.—Sí, fue por el gobernador de Palma. Un general que se llamaba Carbó. Me procesó por un artículo.

J. B.—¿Un artículo en el que atacaba al Ejército?

J. P.—No. Era sobre el tabaco.

J. B.—¿El tabaco? ¿Es que el general no fumaba?

J. P.—No, no. Yo escribía en un diario de March, «El Día». March se había peleado con el Gobierno y le tenían puesto el ojo encima. Escribí un artículo protestando por la subida de los cigarrillos de cincuenta a sesenta céntimos, y me echaron el guante.

J. B.—¿Sí que estaban mal las cosas...

J. P.—¿Comparado con ahora? Ahora hay una libertad total. Le advierto que aquí en el Ampurdán todo el mundo hace y dice lo que quiere. Y en Barcelona, lo mismo.

J. B.—¿Quizá los periódicos no tanto...

J. V.—Yo creo que la pregunta que tendría que hacerse es si alguna vez ha trabajado sin censura.

J. P.—¡Nunca! Nunca. Ni con la República. Antes la censura era más amable, porque la llevaban unos señores coroneles de Estado Mayor, y yo prefiero a los coroneles de Estado Mayor, perdone que lo diga.

J. B.—Se dice que después de la guerra usted no podía moverse de aquí.

J. P.—Sí, me retiraron el pasaporte.

J. B.—¿Por qué?

J. P.—Bueno... no recuerdo. Me lo retiraron, sí. Bueno... Ya se escribirá algún día. Ya tendremos ocasión de estudiar todo este asunto.

Política y religión

J. B.—¿Usted es católico?

J. P.—Poco, poco; nada. Yo soy conservador, pero nunca he ido a Misa ni he tenido relación con todo eso. Y la verdad es que en este país los curas no han molestado nunca a nadie. Aquí se había logrado una tolerancia total. Aquí, en el Ampurdán, total. Empezando con la gente de extrema izquierda. Aquí nadie les había molestado nunca. Y hoy, menos que nunca.

J. B.—¿Los curas han sido tolerantes?

J. P.—Totalmente, sí. Los curas y los católicos practicantes. La tolerancia ha sido total. Desde que yo recuerdo, aquí, en el Ampurdán, siempre ha sido así. Nunca se ha señalado al que no iba a Misa. Aunque en cierto modo todo el mundo es aquí católico.

J. B.—Quizá más formalmente que otra cosa...

J. P.—Los servicios administrativos del catolicismo todo el mundo lo acepta y los respeta. Cuando usted nace, cuando se casa. Y cuando se muere, lo mismo. Si no hubiese un cura, ¿quién iba a acompañarle al cementerio? ¿La música?

J. B.—Pero antes, para acompañarte al cementerio cobraban...

J. P.—Da lo mismo, hombre. Esas son las pesetas que se pagan más a gusto. ¿No se da cuenta? Además, los curas han sido siempre pobrísimos.

J. B.—Los curas rurales, quizá sí; pero había otros que...

J. P.—Yo le hablo de aquí. Ha sido una gente correctísima. Y en general lo es.

J. B.—Pero la Iglesia no es pobre...

J. P.—La Iglesia no es pobre porque está muy mal administrada. Se administra como una sociedad anónima. El Obispado de Gerona es riquísimo porque está muy mal administrado. El obispo actual ha hecho inscribir en el Registro Civil las cantidades que el Obispado ha recibido en los últimos cincuenta años. Ningún obispo se había ocupado hasta ahora de eso, ninguno. Las cosas hay que conocerlas, y hablar en serio.

J. B.—¿Es que cree usted que no hablo en serio?

J. P.—Hombre, normalmente todos los jóvenes que hablan conmigo quieren hacer la revolución y volverlo todo patas arriba...

J. B.—Bueno, yo no ambiciono tanto. De momento, me basta con que esto me salga medio bien.

J. P.—Lo que se ha hecho con la monarquía es exactamente lo que hubiese hecho Talleyrand. Ahora he leído las Memorias de Talleyrand.

¿Sabe usted lo que les dijo al Zar de Rusia y al Emperador de Austria? Estaban dispuestos a aceptar la República y Talleyrand les dijo: «¡Jamás! El poder y la tradición son de la monarquía, y la monarquía son los Borbones». Eso es muy importante. Mire, ayer leí un periódico alemán sobre las elecciones en Alemania y el triunfo de Brandt. El periódico publica un artículo de fondo titulado «Retorno a la normalidad». Pues bien, el día que llegue otra vez la monarquía, que al fin y al cabo es lo que más ha durado en España, supongo que los artículos de fondo llevarán el mismo título: «Retorno a la normalidad». Después de treinta años.

J. B.—De cuarenta, o de cincuenta...

J. P.—Y si usted me dice que la monarquía es... lo que sea, yo le contestaré, con una objetividad total, que la República también lo es. Las obras de los hombres son lo que son, y no otra cosa. ¿Que quiere que diga?

J. B.—Supongo que cuando se habla de las ventajas de uno y otro sistema se hace en un plano abstracto...

J. P.—Pero no es ese el caso de nuestros republicanos. Ellos se creen que con la llegada de la República se arreglaría todo...

Las mujeres y el fútbol

J. B.—¿Y de las mujeres? ¿Qué me dice usted de ellas? Usted no habla mucho de este tema.

J. P.—¡Venga, hombre, las mujeres! Esa es la mayor pérdida de tiempo que puede haber. Las mujeres, en general, no tienen la menor importancia. Por ejemplo, ayer me dijo el médico que si yo quisiera cumpliría cien años, lo cual no me da ni frío ni calor. Pues bien, una de las causas por las que podría llegar a centenario se debe al hecho de ser soltero. ¡Exacto! Todos los casados tienen poca tela por cortar.

J. B.—¿Pero no le han interesado nunca las señoritas?

J. P.—Y me interesan todavía! Quizá ahora más que nunca. Pero son una cosa muy peligrosa. ¡Tremendamente peligrosa! Cuando me dicen que un literato o un artista está casado, digo: ¡adiós, muy buenas! Perdone que lo diga. El oficio de escritor es demasiado complicado para casarse, créame. No le quepa la menor duda.

J. B.—¿No escribiría usted nunca unas «Donotes», como ha escrito unos «Homenots»? (2).

J. P.—En absoluto. Puede estar tranquilo. Todo eso me tiene sin cuidado. Yo soy partidario de la libertad total, ¿sabe usted? Y las mujeres, las mujeres...

J. B.—¿Y el fútbol? ¿Le gusta a usted el fútbol?

J. P.—Sí, sí. De joven jugué mucho al fútbol. Y éste también —señala a su hermano—. Este se ha roto las piernas jugando.

J. B.—Es que actualmente hay un jugador muy discutido del Barcelona, Martí Filosía, que es de aquí, de Palafrugell.

J. P.—Claro, es el hombre que más sabe de eso de jugar al fútbol, desde un punto de vista cerebral. Es un filósofo del fútbol. Lo que pasa es que el muchacho es un enfermo y calcula mucho la jugada, como todo enfermo que se precie.

J. B.—Y encima, a lo peor, está casado.

J. P.—Sí, sí, está casado. Pero su suegro es quien le ha enseñado todo lo que sabe de fútbol. Si, yo ya conocía a su abuelo. Su abuelo apostó una vez que se comería el arroz guisado con minio. Y se lo comió. Volcó un bote de minio en el arroz y se lo comió.

J. B.—Se lo he preguntado porque las mujeres y el fútbol son los dos temas básicos de conversación en este país...

J. P.—No, no. Bueno, yo nunca me he interesado demasiado por estas cosas...

El oficio de vivir

J. B.—Y esos personajes pintorescos, pintorescos al decir de la gente llamada normal, con quienes usted gusta de hablar...

J. P.—Eso era antes.

J. B.—Y ahora, ¿con quién le gusta charlar?

J. P.—Pues con quien se tercia. Con la gente que viene a verme, que es poca. Vergés, que viene cada semana. Ahora ha venido usted...

J. B.—Porque a usted le gusta hablar...

J. P.—Eso lo sabe todo el mundo. Yo nunca estoy callado. Soy el hombre más sociable del mundo.

J. B.—Pero hay quien dice que tiene usted mal genio.

J. P.—¡Psé!, casi nunca. Yo soy un hombre perfectamente educado y siempre cortés, perdone que lo diga.

J. B.—En eso estamos todos de acuerdo... Oiga, ¿a usted no le gusta hacerse un poco el payés?

J. P.—No, no, eso nunca. Al contrario. Todo el mundo tiene su vanidad y lo que gusta es pasar por listo, hacer el vivo...

J. B.—Es decir, el payés.

J. P.—No, hombre, no. Todo lo contrario.

J. B.—Quizá no me explico bien.

J. P.—Diga, diga.

J. B.—Quiero decir si no le gusta a veces hacerse el tonto.

J. P.—¡Nunca!

J. B.—¿No?

J. P.—¡Nunca! Bueno, a veces es necesario hacerse un poco el tonto para que no te tomen el pelo o para no hacer el ridículo. En realidad, siempre hay que hacerse un poco el tonto. Sin exagerar, ¿comprende? Mire, lo que le acabo de decir es la verdad; le acabo de decir algo que es verdad, ¿sabe?

(2) «Homenots» es un neologismo de Pla, traducible por «hombrot», aunque el sentido que le da el escritor no es, naturalmente, físico, sino mental o espiritual. Más adelante, el tema vuelve a surgir, «Donotes», sería, pues, el equivalente en mujer.

J. B.—¿Y todo lo que me ha dicho antes?

J. P.—También, también.

J. B.—¡Ah!

J. P.—Claro.

J. B.—Usted ha viajado por todo el mundo.

J. P.—No, no, ¡qué va! Si ahora mismo me pagasen un viaje al Japón o al Norte de Africa, no iría. Sí, conozco Europa, Rusia un poco, América también...

J. B.—Pero lo mejor que hay en el mundo es el Ampurdán.

J. P.—No, no. Entre lo mejor que hay en el mundo pongo los restaurantes, y en este país no hay buenos restaurantes. No sé... Italia, Italia es un país muy importante, sin duda.

J. B.—También hay quien dice que usted es un hombre rico, pero que el soltar una peseta le cuesta unos sudores de muerte.

J. P.—¿Quién dice eso?

J. B.—No sé. Se dice por ahí. ¿Es verdad?

J. P.—No, no. Tengo este «mas», de acuerdo, pero no puedo vivir de lo que da. Quizá dentro de dos años sea otra cosa.

J. B.—¿Qué hacen aquí, en el «mas»?

J. P.—Bueno, un poco de todo. Un poco de aceite, un poco de vino, un poco de pan, un poco de leche, un poco de verdura... Es un «mas» catalán típico, llevado a la antigua. Una pequeña autarquía. Ahora tenemos un tractor. Eso es muy importante, eh. Y diez vacas, que mi padre no las tuvo nunca. Mire, yo, que tengo tanta fama de bohemio, soy un administrador colosal, ¿qué le parece? Es mi sino.

J. B.—¿De modo que ahí está el secreto?

J. P.—Claro, hombre. Todo el secreto de la vida es una buena administración. Y saber limitarse. Siempre saber limitarse. Esa sí que es una buena frase de Goethe: «La felicidad consiste en la limitación». Diga, diga.

J. B.—A ver...

J. P.—Le va a costar trabajo sacarle el hilo a todo esto.

J. B.—Sí, supongo que sí.

El oficio de escritor

J. B.—A ver, ¿qué le llevó a dedicarse a escribir? ¿Hubo algún hecho decisivo?

J. P.—No, no. Fue algo absolutamente normal. Unas personas se dedican a escribir y otras no escriben nunca. Y a veces estas últimas son muy inteligentes.

J. B.—Siendo de familia campesina, ¿por qué no se dedicó a cultivar la tierra?

J. P.—Desgraciadamente no me lo enseñaron. A la lotería tenía que haberme dedicado. Eso sí que me hubiera gustado. ¿Pero todo esto hay que explicarlo?

J. B.—No, no, sigamos hablando.

J. P.—Más valdría que nos fuésemos a cenar.

J. B.—No quiero entretenerle demasiado.

J. P.—¿Tiene usted que volver a



Con el conde de Keyserling y José María de Sagarra, en Mallorca, 1932.

su casa? Si hubiera venido hace tres o cuatro años, habría podido quedarse aquí durante días y habríamos charlado sin parar. Ahora, aquí no hay nadie.

J. B.—A lo que íbamos. Cuando usted decidió que iba a ganarse la vida escribiendo...

J. P.—No, no, no. Yo empecé cuando estudiaba la carrera de Derecho en Barcelona. Hubo una epidemia de gripe, y yo me vine a Palafrugell a pasar el invierno. Paseaba por la calle e iba anotando los colores de los árboles, del cielo, de las luces... Escribir es eso.

J. B.—Pero habría un momento en que usted pensó: «Voy a dedicarme a escribir, o voy a dedicarme a otra cosa».

J. P.—Probablemente fue que faltaba dinero en casa, y tuve que dedicarme al periodismo para echar una mano. Así de sencillo. Pero todo esto ya lo he contado. Mire, todos los libros que he escrito no son más que una historia de mi vida. Ahí se encuentra todo. No son más que eso, ¿comprende? Usted me parece un hombre demasiado académico.

J. B.—¿Por qué?

J. P.—Porque cuando hace una pregunta la hace con prejuicios.

J. B.—¿Con prejuicios?

J. P.—Sí. Usted tiene la idea de que la gente se dedica a escribir cuando toma una gran determinación.

J. B.—No; lo que pasa es que a una pregunta de este tipo se suele contestar con frases grandilocuentes. Como si el hecho de escribir tuviera relación con haber sido tocado por la gracia de Dios.

J. P.—Pues yo le he contestado de una manera totalmente llana y sincera, créame. Nada de vanidades ni de exhibicionismos. A mí todo eso me tiene sin cuidado.

J. B.—Y los miles de artículos que ha escrito para periódicos...

J. P.—Mire, ahora va a hacer treinta y tres años que escribo un artículo semanal en «Destino». Y a veces dos, y hasta tres. Y cartas. Empecé escribiendo cartas. Falsas, naturalmente; aunque tuvieron un éxito tremendo: para el ocho o el diez de febrero próximo hará treinta y tres años que dura la broma.

J. B.—Pero antes también había escrito para periódicos...

J. P.—No, no. Antes no escribía tanto.

J. B.—¿No?

J. P.—No. Lo dictaba todo por teléfono, ¿comprende? Por eso no escribía tanto. Cantaba. El periodismo es eso.

J. B.—¿Y todo eso lo da por perdido?

J. P.—Totalmente.

J. B.—¿Usted no guarda copia de lo que escribe?

J. P.—No, no. Yo no guardo nada. Además, creo que no vale nada.

J. B.—Pero a veces larga cosas que ya estaban publicadas, ¿no?

J. P.—Raramente. Sí, a veces, para hacer un libro he recurrido a cosas ya escritas. Pero muy raramente.

J. B.—Así, ¿usted piensa que la literatura se consume y se acabó? ¿Como la leña?

J. P.—Exacto. ¿Es que usted piensa otra cosa?

J. B.—Hay otros que escriben para la inmortalidad.

J. P.—¿En el mundo en que vivimos? ¡Vamos, hombre! Si yo hubiese sido inglés o francés o alemán y hubiese estudiado un gran Bachillerato sabría muchas cosas, pero la verdad es que no sé nada. Nada.

J. B.—¿Saber muchas cosas le hubiera hecho mejor escritor?

J. P.—Claro. Siempre son mejores los escritores extranjeros, perdone que lo diga. Y me gustaría que Vergés dijera algo sobre esto.

J. V.—Hombre, tienen una mayor tradición.

J. B.—Tal vez el español no sea muy imaginativo...

J. P.—Esa es una.

J. B.—... aunque aquí se dan poetas líricos.

J. P.—Los extranjeros tienen una base colosal, colosal. Nosotros, en cambio, no sabemos nada.

J. B.—¿Y usted no ha escrito nunca versos?

J. P.—Bueno, yo... Sí, unos versos que no valen nada, de esos que se hacen ahora, sin rima, sin contar las sílabas... Nada.

J. B.—¿Y por qué no los ha publicado?

J. V.—Sí, ahora se publicarán en un volumen de las Obras Completas. Están muy bien.

J. P.—Son versos sin ninguna importancia. Por ejemplo, ¿usted cree que en España puede darse un poeta como Verlaine?

J. B.—Yo creo que sí...

J. P.—A ver, diga, diga...

J. V.—Tal vez Juan Ramón Jiménez...

J. P.—¡Nada, hombre, nada!

J. B.—¿Nada?

J. P.—Nada. Ya verá usted los años que dura. Quizá algo de lo que escribió en prosa. Lo del burrito ese, historias así. Pero, ¿versos? ¡Ininteligibles, perdone que lo diga. Ininteligibles.

J. B.—Creo que hay otros que lo son más, ¿no?

J. P.—Claro. Foix. Es evidente que es más ininteligible.

J. B.—¿Y Riba?

J. P.—Riba se entiende mejor. Ya cuesta, ya. Cuesta trabajo, sí, sobre todo en un país inculto como este. Riba hubiera sido un gran poeta en Francia o en Alemania.

J. B.—Y usted, ¿cómo escribe?

J. P.—Siempre a mano. Todo a mano. Y me cuesta mucho trabajo. Yo tengo que meditar las cosas por lo menos dos o tres meses, y eso para escribir un artículo.

J. B.—¿Para escribir un artículo? Lo va pensando quizá...

J. P.—Constantemente. Yo creo que la primera condición para escribir es tener en la cabeza algo que decir. No creo en todo eso de la inspiración ni en sentarse a una mesa esperando que llegue, ni en nada de eso. Yo sólo creo en la meditación y en la disciplina.

J. B.—Bueno, creo que eso también lo decía Goethe: «La inspiración es trabajar todos los días».

J. P.—Eso lo ha dicho todo el mundo.

J. B.—Bueno, no todo el mundo. Hay quien cree que la inspiración viene de arriba.

J. P.—¡Bah! Eso son los románticos.

Novedades editoriales

Navidad 72

Editorial Planeta



Reportaje
de la Historia.
tomo IV



Autores Españoles e
Hispanoamericanos



Ensayos
Planeta



Biblioteca
Universal
Planeta



DOSSA



Episodios Nacionales
Contemporáneos



- JOSE ANTONIO GABRIEL Y GALÁN PUNTO DE REFERENCIA
- PITIGRELLI SIETE DELITOS
- HORACIO GONZÁLEZ TREJO CUESTIÓN DE LÍMITES
- TOPOR MUNDO INMUNDO
- EDMONDE CHARLES-ROUX ADRIENNE
- GONZALO VIVAS YO NO PUDE SER HIPPI
- NAUM LABOVSKY RISA RUSA
- M. FERNÁNDEZ-BRASO LA SOLEDAD DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
- YELENA SAPRINA EL HOMBRE, ANIMAL CIBERNÉTICO
- JOSÉ MARIA VAZ DE SOTO DIALOGOS DEL ANOCHECER
- JORGE LLOPIS LA REBELIÓN DE LAS MUSAS
- FEDERICO LÓPEZ-PEREIRA LA ÚLTIMA LLAVE
- FRANCISCO CANDEL INMIGRANTES Y TRABAJADORES
- RAMÓN HERNÁNDEZ INVITADO A MORIR
- MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN YO MATÉ A KENNEDY
- JUAN RUIFQ PEDRO PÁRAMO y EL LLANO EN LLAMAS

Gran
Enciclopedia
LAROUSSE

en 10 volúmenes.
Completa, con la reciente
aparición del último tomo.



JOSEP PLA

cos. Yo soy antiromántico hasta la médula, perdón que lo diga. El romanticismo me da un asco horripilante. Empezando por Víctor Hugo, aunque sea un caso aparte.

J. B.—¿Tiene usted una hora fija para escribir o lo hace cuando cree que ya tiene las ideas maduras?

J. P.—Yo no hago otra cosa que estar aquí, sentado a esta mesa, leyendo y escribiendo. Mire, a la una ya estaba aquí. He comido aquí. Y sigo estando aquí. Hoy he escrito un artículo sobre los nombres de los barcos de vela.

J. B.—Sigue escribiendo mucho, ¿no?

J. P.—¿Quién, yo?

J. B.—Quiero decir que lo hace durante todo el día, constantemente...

J. P.—Hombre, aparte de ayer que fui a Gerona a ver al médico...

J. B.—... usted recuerda haber estado escribiendo toda la vida.

J. P.—No, no, no. Toda la vida no. Yo he trabajado de viejo, que es cuando se debe trabajar. No de joven. De joven no se debe hacer nada.

J. B.—¿Qué hacía de joven, entonces?

J. P.—Me dedicaba al periodismo, ya se lo he dicho.

J. B.—¿Y eso no es escribir?

J. P.—Decía que el señor Maura se había levantado y había soltado un discurso, o el señor Romanones, sobre el señor Carlos Marx... Es igual, eso no tiene importancia.

J. B.—Pero usted sigue haciendo algo de periodismo...

J. P.—Muy poco. Ya no hago apenas. Periodismo actual, nada. Mire, ahora hubiera querido hacer un artículo sobre ese dictador siniestro que tuvo la Argentina, ese sinvergüenza, pero no me he decidido. En una palabra, no me interesan los ladrones.

J. B.—Yo recuerdo un artículo suyo...

J. P.—Diga, diga...

J. B.—Un artículo suyo donde se pitorrea de Marcuse...

J. P.—Marcuse, sí. Hombre, yo creo que todo eso del erotismo es un poco exagerado...

J. B.—Además, parece que fue una moda, porque ya nadie habla de él.

J. P.—Sí, hombre, sí que hablan. ¡Vaya si hablan! Esos indios americanos están todo el día dándole vueltas.

J. B.—Quiero decir aquí, en España.

J. P.—¿Aquí? Aquí, nada, hombre. ¿Es que no se da cuenta de que intelectualmente España...? Nunca ha habido nadie que haya pensado nada, que haya sido nada... ¿Es que no se da cuenta?

J. B.—Bueno, hablo de lo que conozco.

J. P.—No, no; usted tiene cara de pensar muchas cosas, pero... Usted no va a decirlo, porque forma parte de una corriente determinada, de un grupo... Yo no formo parte de ninguna corriente, de ningún grupo, de nada. Yo formo parte de la editorial de este señor (señala a Vergés) y basta... Pero,

bueno, con todo esto no va a haber manera de hacer una entrevista.

J. B.—¿Por qué no?

J. P.—Porque una entrevista tiene que ser una cosa académica, seria... Y me desdigo de lo dicho antes.

J. B.—Algo saldrá. Hablemos de los «Homenots». ¿Empezó a escribirlos después de la guerra?

J. P.—No, no. Cuando era joven hice para un almanaque que llevaba Rovira i Virgili unos pequeños retratos literarios que han sido la base. Luego los utilicé para un libro que se titula *Retrats de passaport*. Son cosas cortas y muy anticonvencionales, ¿sabe? Y después, como aquí se le había prestado tan poca atención al retrato literario, y pareciéndome una cosa tan importante, y teniendo en cuenta sobre todo la tremenda falta de memoria del país, que todo lo olvida y lo abandona, pensé que valía la pena recordarlo y ampliarlo.

J. B.—Es que precisamente creo que este retrato literario que hace usted sobre personajes tan diferentes de la vida catalana, desde un escritor a un ingeniero, un médico, un político o un pintor...

J. P.—Bueno, quizá tendría que haberlo hecho con un poco más de vergüenza...

J. B.—¿Por qué?

J. P.—Quizá se tendría que haber hecho algo más serio, más especializado, más erudito. Pero yo creo que toda actividad humana es lo mismo: igual es la música que la literatura o la política. Lo que puede aplicarse a un pintor puede aplicarse también a un literato.

J. B.—Tal vez le interesara más la persona que la actividad a que se dedicaba.

J. P.—Sí, sí.

J. B.—Consideraba su obra como una consecuencia, una prolongación de su personalidad.

J. P.—Exacto, exacto. Muchas veces, además, una prolongación forzada. Yo conozco a muy poca gente que haga su trabajo con gusto, a la que le agrade su trabajo. Quizá a nadie.

J. B.—¿Usted no hace a gusto el trabajo de escritor?

J. P.—¡No! ¡No, hombre! ¡No! Es un oficio sangulnario, ¿no se da cuenta?

J. B.—Pues si llega a gustarle nos suelta cuatrocientos volúmenes...

J. P.—Eso no tiene importancia. De los cuatrocientos volúmenes habría trescientos noventa que no valdrían nada, como no valen nada la inmensa mayoría de las novelas de Balzac. ¿Qué quiere? Hay cosas de Pirandello que son colosales y otras que no valen nada, etcétera. Esta es la falsa teoría sobre Picasso, por ejemplo. Hoy se piensa que un cuadro de Picasso es siempre bueno, y eso es falso.

J. B.—Lo que se compra es la firma, no el cuadro.

J. P.—Claro, siempre se ha comprado la firma. Ha habido muy poca gente que haya comprado un cuadro porque le gustara... Preci-

samente tengo aquí unos papeles sobre Picasso... Ocho o nueve cuartillas, con esta letra...

(Pla se levanta de la mesa y va a recoger unos papeles de unas estanterías. Son folios escritos a mano, con letra menuda y firme que ocupa materialmente todo el espacio del papel sin dejar lugar para los márgenes.)

J. B.—¿Y quién le pasa esto a máquina?

J. P.—El señor Vergés tiene unas señoritas que...

J. V.—Formará parte de un volumen de las Obras Completas...

J. P.—Cuatro, cinco, seis, siete, ocho, ocho y media. Con esto podría hacerse un «homenot», pero yo sólo he hecho «homenots» de gente catalana. Y creo que Picasso no es catalán, no lo ha sido nunca, y que es pura y simplemente un gitano.

J. B.—Hay gente que dice que sí que es catalán.

J. P.—¡Y a mí qué me cuental yo hablo por mí.

J. B.—También hay gitanos catalanes.

J. P.—¡Me importa un rábano! Claro que los hay. Pero todas estas cosas me gustan poco, ¿sabe? Gitanos, negros y todas estas historias.

J. B.—Yo quería preguntarle también si usted es partidario de que el escritor trabaje en otra cosa para ganarse la vida y que sólo escriba por gusto.

J. P.—El escritor nunca trabaja exactamente para ganarse la vida. Si tiene un mínimo de lectores y un mínimo de administración, el hombre va tirando con lo que escribe. Pero esto es muy raro.

J. B.—Bastante raro, sí.

J. P.—Yo tengo la ventaja de que Vergés sea de Palafrugell, como yo, y es como si fuésemos familia, ¿me entiende? No hay posibilidad de confusión. Y por eso me arreglo. Pero si yo me tuviera que ocupar de esos líos... ¡ni hablar! ¡Sólo faltaría! Por lo tanto, yo creo que todo escritor debería tener además un oficio.

J. B.—¿Y usted, lee mucho?

J. P.—Sí, sí. Y siempre he leído mucho. Es lo que hago.

J. B.—¿Y qué autores le interesan?

J. P.—Bueno, la Historia. Me interesan mucho los libros de Historia. Mire, por otra parte, yo creo que en toda la historia de la literatura hay ciento cincuenta libros que vale la pena leer. Una vez los has leído, ya no queda nada. Libros divertidos, se entiende, porque la primera cualidad que debe tener la literatura es la de divertir.

J. B.—Que se lea con gusto.

J. P.—Exacto. Que sea amena, en una palabra. Todo lo complicado que usted quiera, pero que sea amena. No se vaya usted a creer que todo lo que yo he escrito es simple. A veces es bastante complicado. A veces... ¿Qué hora es?

J. B.—Las nueve menos cuarto. Un par de preguntas más, si me permite. Los críticos dicen que El



Con Miguel Delibes, en el «Mas», en Llofriu.

quadern gris es lo mejor que ha escrito usted. ¿Es verdad?

J. P.—No sé...

J. B.—¿No fue lo primero que escribió?

J. P.—Sí, en gran parte sí. Pero he escrito cosas mejores. El segundo tomo de las Obras es mejor, bastante mejor. Estoy seguro.

J. B.—¿Aigua de mar?

J. P.—Exacto. Allí hay unas historias reales muy buenas, bastante buenas. Perdón que utilice adjetivos tan claros y tan exagerados.

J. B.—¿Usted lee lo que los críticos dicen de sus libros?

J. P.—Poco, poco, pero eso no lo ponga.

J. B.—Los críticos sirven para poca cosa, ¿no?

J. P.—Lo que sirve para poca cosa es la propaganda. La propaganda te la hacen los propios lectores. En cuanto a la crítica, perdón, pero en este país la crítica no es nada. A mí me gustaría ser crítico. Llenar cada semana una página de un diario y ocuparme de un autor. Como hacía Sainte-Beuve, que para mí es uno de los más grandes escritores que han existido.

J. B.—Los críticos dicen que usted es el prosista más importante de lengua catalana, pero hasta fecha muy reciente no se le ha dedicado un libro, y es un libro que se ocupa más de su persona que de su obra.

J. P.—Bueno, a los críticos les gustan las cosas extravagantes, y yo lo soy poco. Lo que yo escribo no necesita explicaciones, y si no pueden explicar lo que leen, los críticos no saben qué decir.

El tiempo se ha consumido. Pla mira ya con franco rencor al micrófono. Considero lo más prudente levantar el campo. Me despidió afablemente a la puerta de la inmensa sala. Mientras busco angustiadamente la salida buena que me lleve a la carretera de Palamós (por tres veces encaro el coche hacia direcciones erróneas), pienso que, efectivamente, con Josep Pla podría hablarse durante días sin parar. Y confío en poder hacerle, en una próxima y deseada ocasión, algunas de las muchas preguntas que se me han quedado en la punta de la lengua o que, hasta mucho más tarde, no me han venido a las mientes. ■